

Algo sobre la naturaleza de nuestro núcleo disciplinario

Fátima Fernández Christlieb¹

Introducción

Durante los últimos años, al término de algún trabajo de investigación o de docencia, varias veces he sentido un fuerte deseo de tener cuarenta años menos para adentrarme, con toda mi energía, en territorios recién vislumbrados. Con el correr de la vida uno comienza a encontrarle otros ángulos a la propia profesión y, de vez en cuando, los caminos no transcurridos se presentan como un desperdicio imperdonable.

De un tiempo para acá, en ocasiones, se me presenta una imagen de 1979. Habíamos fundado la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC) en abril de ese año, teníamos trazado un plan de trabajo producto de muchas discusiones, la ruta estaba bastante clara. Una tarde, al finalizar una conferencia, se me acercó un estudiante de último semestre y me preguntó algo así como ¿por qué desdeñan ustedes, los de la AMIC, la comunicación entre las personas? Me quedé muda. No era un

¹ Doctora en Sociología. Académica definitiva de tiempo completo, titular “C”, Píe “D”, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, SNI, nivel II, Conacyt. fatima@unam.mx

tema que estuviera en el panorama. La Constitución Mexicana acababa de ser modificada en su artículo sexto y no había ley reglamentaria. En la Asociación habíamos decidido que ese era un proceso -dentro de las políticas nacionales de comunicación- que deberíamos tener presente. Algo de esto balbuceé ante ese joven, vestido de traje y corbata, cuyo nombre nunca supe, pero cuyo rostro todavía recuerdo por la contundencia de su pregunta. En ese momento me pareció una ocurrencia respetable e interesante, pero nada más.

Me volví a acordar de ese incidente muchos años después, a principios de 2007, en la inauguración de una reunión de coordinadores de grupos de investigación en la AMIC que presidía Aimée Vega. Nos pidió a Beatriz Solís, a Florence Toussaint y a mí que abriéramos la sesión con algo relativo a la trayectoria de la investigación en nuestras áreas de trabajo. Yo estaba en un momento de tránsito. Sabía de dónde venía pero no tenía claro hacia dónde me movía. No eran las mejores circunstancias para decir algo coherente. El año anterior, durante todo el 2006, había estudiado un diplomado sobre derecho de las telecomunicaciones en la convergencia digital, al que asistieron básicamente abogados e ingenieros. Lo cursé para despejar mis dudas técnicas sobre la minuta aquella que tanta polémica causó y a la que los periodistas bautizaron como “Ley Televisa”. Ya con el diploma en la mano, otorgado por la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), sentí un gran desconcierto. Me senté a describir los rubros que debería contener un programa sobre estos temas en la licenciatura de comunicación y lo entregué, sin entusiasmo alguno, a la coordinación de la carrera. Mi desánimo obedecía a que me había percatado de lo obvio: las innovaciones tecnológicas obligaban a moverse profesionalmente hacia la economía de punta, hacia la comprensión de las implicaciones técnicas de lo digital, hacia la normatividad de todo ello. Se trataba de un cambio drástico en mis territorios teórico-prácticos elegidos.

El modelo fundacional de la utopía explícita

Recordé entonces las razones que me llevaron a estudiar la carrera de comunicación y entré en crisis. Yo era hija de aquello que Raúl Fuentes llamó modelo fundacional de la “utopía explícita” (Fuentes, 1998, p. 94). Había entrado a estudiar Comunicación a la Universidad Iberoamericana movida por el ideario de Sánchez Villaseñor, cuyas palabras repiqueteaban frecuentemente en mi interior: el pensar por mí misma, el enraizamiento en la propia época, el poner el saber y el mensaje al servicio de los más altos valores de la comunidad humana sometiendo la técnica al espíritu. No le hallaba pues mucha relación a estos lemas con lo que aquel presente ofrecía. Mi interés vital no se ubicaba en la distribución de frecuencias digitales ni quería entrar a los laberintos de la legislación en la materia. Sentía que eso hubiera significado especializarme en un aspecto minúsculo de la vida. Así lo dije aquel 16 de marzo de 2007, al inicio del coloquio de los grupos de investigación de AMIC.

Recordé entonces la expresión de aquel recién egresado que le pedía a la AMIC ocuparse del núcleo disciplinario o de la comunicación entre los seres humanos. Y hablé no sólo sobre el valor de su propuesta, sino que abordé también varios episodios personales entonces recientes: dos muertes prematuras muy cercanas y la caída en drogas de tres jóvenes entrañables. Sin haberlo reflexionado previamente expresé lo que me preocupaba: quisiera dedicarme a desentrañar los atoros que tenemos en nuestras comunicaciones cotidianas. En esa sala del cuarto piso de la torre dos de Humanidades en Ciudad Universitaria se hallaba, ese día, a esa hora, en ese lugar, Antonio Pasquali, uno de los pioneros de la comunicación en América Latina. Sincronías del destino.

Emergencia de la comunicación intersubjetiva

Me había comprometido con Aimée Vega a estar en la inauguración del coloquio, pero le anuncié que no iba a permanecer durante el resto de la sesión y se lo dije tal cual: en este momento no me interesa de manera especial ninguno de los catorce grupos de investigación que existen, no podría entrar a ninguno, necesito definir mi siguiente territorio de investigación y me fui. Cinco días después recibí un correo electrónico de Pasquali, el cual transcribo textualmente:

Hola Fátima. El otro día comenté tu intervención ante AMIC (ya te habías ido, pero te referirán, me imagino) así resumible: no sólo no debes pedir permiso a nadie para abordar la “comunicación personal”, sino que te rogamos lo hagas, primero, por ser ella la eudaimonía final de todas nuestras luchas y segundo, porque siempre hemos puesto la carreta delante de los bueyes, pretendiendo estructurar un Derecho y una Política de Comunicaciones sin aclarar antes los términos de una Moral del Comunicar (todas las normas derivan de un plexo moral primigenio). Tu problema yo lo llamo “una moral de la intersubjetividad”. Te estoy anexando el capítulo VI de la nueva edición española, por Gedisa, de mi *Comprender la Comunicación*, próximo a salir. Aún trae las manchas de color del corrector de pruebas. Espero te sea útil en tus nuevos abordajes. Lamenté no conversar algo más contigo, y tuve algún problema de salud. Un abrazo. Antonio Pasquali. (Pasquali, comunicación personal, 21 de marzo, 2007)

Este *mail* le dio un giro a mi desazón. En esos mismos días recibí otro mensaje igual de auspicioso, era de Aimée: “ya está, quedó planchado: abriremos una línea nueva de investigación en AMIC que se llamará Comunicación Intersubjetiva y la coordinarás tú, junto con Marta Rizo”. Sincronías de la vida, otra vez. Asentimiento total de mi parte, aunque

a Marta Rizo únicamente la conocía por sus textos. La busqué y con los años me percaté que toda ella había resultado un regalo descomunal: joven, inteligente, trabajadora, organizada, ocurrente, leída, simpática, directa, responsable, versátil, divertida y cálida. En el encuentro XIX de AMIC, realizado en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco en 2007, anunciamos la creación de nuestro grupo de investigación.

La alegría y el entusiasmo volvieron a mi ser. Con una velocidad que ahora me parece de concurso, el grupo de investigación en Comunicación Intersubjetiva publicó su primer libro al año de haber comenzado a trabajar. Lo titulamos *Nosotros y los otros. La comunicación humana como fundamento de la vida social*. Lo presentamos en el Encuentro de AMIC en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Ahí publicaron quienes estaban interesados en distintos ángulos de la comunicación intersubjetiva. Mi texto se tituló “La Comunicación Intrafamiliar”. Había un motor personal en ese tema. Mis secretos episodios de incomunicación eran elocuentes en sí mismos, intenté extrapolarlos a otros casos con la convicción de que es en el seno familiar donde emergen los profundos afectos pero también los soterrados conflictos de las relaciones humanas. Pisar esos terrenos fue mirar de golpe un cúmulo de caminos teóricos y empíricos a transitar.

En ese mismo encuentro de Puebla planteamos la necesidad de que el grupo contara con un eje articulador de nuestros discursos y con la explicitación de lo que entendíamos por comunicación interpersonal diferenciándola de la comunicación intersubjetiva. El acuerdo fue trabajar por escrito sobre ello. Al finalizar el término fijado, de los nueve colegas que escribimos en el primer libro sólo quedamos tres para publicar en el segundo: Marta Rizo, Marco Millán y esta servidora. Nuestro segundo libro se publicó en el 2013 bajo el título de *La comunicación humana en tiempos de lo digital*.

En este segundo texto colectivo mi trabajo llevó el nombre de “El trasfondo emocional de la comunicación interpersonal (y el difícil tránsito hacia la comunicación intersubjetiva)”. Rescatar el elemento emocional en la comunicación humana me llevó a coincidir con aquellos teóricos que afirman que aún en los actos de habla que consideramos más racionales está presente el ingrediente de alguna emoción humana. Maturana (2004) dice al respecto:

En la vida cotidiana nos movemos de un dominio racional a otro en el curso de nuestro emocionar, muchas veces sin darnos cuenta. Por esto, el fluir de los discursos racionales en las interacciones humanas depende del fluir emocional de las conversaciones en que éstas se dan. (p. 107)

Se me volvió a abrir un abanico enorme de lecturas, de temas, de proyectos.

Una etimología para comunidad

En los últimos años he avanzado en desentrañar lo que implica la genuina comunicación humana en diversos escenarios. No tengo duda de que la comunicación que logra acuerdos duraderos y profundos para la acción no es producto de un golpe de voluntad. Implica un trabajo de autoconocimiento que suele llevarnos cuesta arriba y que es condición indispensable para comprender desde qué emociones intentan comunicar los otros, desde qué elementos pretenden construir comunidad.

Lo mejor, lo más rico del trabajo en el grupo de Comunicación Intersubjetiva fueron las discusiones entre los autores del último libro. Ahí, en los intercambios de bibliografía, en el descubrimiento de nuevos ángulos me quedó claro que una comunidad no es, para decirlo en palabras de Roberto Esposito:

Un modo de ser -ni menos aún de hacer- del sujeto individual. No es su proliferación o multiplicación. Pero sí su exposición a lo que interrumpe su clausura y lo vuelca hacia el exterior, un vértigo, una síncope, un espasmo en la continuidad del sujeto. (Esposito, 2007, p. 32)

Este autor lo leí por sugerencia de Marco Millán y me ha resultado de lo más sugerente.

Se trata de un filósofo napolitano, nacido un año después que yo, el cual hace un ejercicio etimológico revelador directamente relacionado con nuestro núcleo disciplinario. Si partimos del hecho de que la comunicación intersubjetiva no nos interesa exclusivamente para resolver nuestros problemas con alguien en particular, sino que buscamos la comunicación para actuar juntos, para construir comunidad, es preciso tener bien claro qué significa el término comunidad. Esposito hace una incursión en el lenguaje conceptual de la filosofía política moderna y en el término latino *communitas* halla un puntal hermenéutico que usa para iniciar la desagregación de la palabra. El sustantivo *communitas* y el adjetivo *communis* adquieren, en todas las lenguas neolatinas, un sentido que se opone a *propio*. Lo que es común no es propiedad de nadie en particular, es de todos, es público. Lo común comienza ahí donde lo propio termina. Y sigue con otro significado implicado en el anterior: *munus*, con su raíz *mei* y su sufijo *nes* que Esposito lleva a desembocar en: deber de intercambio con caracterización social, con reciprocidad o mutualidad de dar que determina un compromiso en el otro. No entro en lo que el mismo autor llama trampas léxicas y dificultades interpretativas. Tomo simplemente el significado que le da al concepto de comunidad, le creo, pues. Me quedo con la idea de un circuito social de donación recíproca, obviamente no de bienes materiales sino de bienes ontológicos.

Sobra decir que Esposito no se refiere, en ningún momento, a esas comunidades cerradas en las que la gente se siente a salvo de los extraños, ni a esas familias donde no entran los que “no son como nosotros”. Él se dirige a esos conjuntos de personas a los que une, no un interés preciso ni una propiedad sino, un deber de dar ante el que es imposible un no-dar. Se trata de seres humanos unidos, dice este autor, no por un más sino por un menos, hay una modalidad de carencia existencial entre ellos, hay “una despropiación que inviste y descentra al sujeto propietario, y lo fuerza a salir de sí mismo. A alterarse. En la comunidad, los sujetos no hallan un principio de identificación, ni tampoco un recinto aséptico en cuyo interior se establezca una comunicación transparente o cuando menos el contenido a comunicar. No encuentran sino ese vacío, esa distancia, ese extrañamiento que los hace ausentes de sí mismos: ‘donantes a’, en tanto ellos mismos ‘donados por’ un circuito de donación recíproca... (Esposito, 2007, p. 31).

Estamos ante la radicalidad de nuestro núcleo disciplinario.

Comunicación e interdisciplina

Me hallaba asimilando los saldos de haber incursionado en esta perspectiva de la comunidad cuando el azar de la vida me puso frente a una experiencia que me ha obligado a intentar aterrizar todo esto. Resulta que en 2012 arrancó un proyecto interdisciplinario desde la rectoría de la UNAM para vincular los múltiples esfuerzos que se hacen en la Universidad en torno a la problemática de la vejez y el envejecimiento. Acabé formando parte del comité técnico de ese Seminario, representando a mi facultad, en el que participan centros, institutos y otras facultades. Desde el inicio me percaté de que en ese grupo, inicialmente constituido por 19 disciplinas diferentes, sucedían uno a uno los problemas sobre los que alertan los teóricos de la

interdisciplina. De entrada había una alerta que atender: a mayor número de paradigmas y métodos involucrados mayor es la complejidad del proceso comunicativo. Pues sí, es una gran verdad que crece todavía más cuando uno tiene que hacerle frente. Se venció el primer escollo, no sin obstáculos: pudimos comenzar a homologar la terminología convenciendo a los médicos que veían en ello una tarea inútil dado que contaban con un glosario que podíamos utilizar todos. Justamente se trataba de construir códigos comunes, de todos los ahí presentes, no era cosa de adoptar el que era privativo de un grupo disciplinar. Primer aterrizaje, incipiente, precario pero victorioso del término comunidad propuesto por Esposito.

Comenzar a trabajar en subgrupos fue remitirnos a algo mucho más elemental que la construcción de una comunidad. Fue entrar en ese terreno jabonoso de la comunicación interpersonal, de aquella en la que predominan las emociones. Inicialmente me tocó trabajar en un grupo con otras dos personas, de facultades muy diferentes a la mía. Iba yo dispuesta a una discusión sobre teorías y métodos, cuando saltó la libre por el terreno menos esperado: nos atoramos en cuestiones elementales de organización. Una persona no respondía los correos electrónicos y paralizaba el trabajo. Cuando le hice notar el atraso que causaba me pidió que le hiciera llegar la información vía teléfono fijo. Petición increíble. Si tenemos la facilidad de enviar mensajes por diversas vías sin necesidad de coincidir en tiempo real con la persona ¿por qué solicita recurrir a algo que ya cayó en desuso para el trabajo académico? Señal inequívoca de que para lograr la comunicación con esa persona había que entrar a comprender algunos aspectos de sus circunstancias. Toda la teoría se hace añicos si uno no supera estas divergencias generacionales, de costumbres, de estilos, de procedencias, de lo que parece irrelevante pero que resulta central. Conclusión de este episodio: para correr es necesario aprender a caminar. ¿Cuál *communitas* si no logramos superar este escalón que parecería de kínder? ¿Cuál darnos y

complementarnos en el trabajo si nos irritamos a la primera diferencia de procedimiento? ¿Quién dijo que la comunicación entre universitarios tiene menos obstáculos que otros grupos? En cualquier grupo humano hay un trabajo fino que llevar a cabo en materia de comprensión mutua, de respeto auténtico hacia el otro.

La docencia, como profesora y como estudiante, me ha llevado a experimentar situaciones inéditas. En el primer caso, al sustituir las materias sobre medios que antes impartía por otras como Introducción al Estudio de la Ciencia o Pensamiento, Lenguaje y Sociedad se me han abierto horizontes descomunales. Lo que se ha avanzado en el mundo en materia de interdisciplina me ha exigido volverme estudiante formal e informal y a cada paso que doy me percató de la necesidad de formar comunicólogos para la interdisciplina. Hace no mucho, durante todo un semestre viví una experiencia única que me reafirmó en la convicción de que la comunicación puede y debe ser puente entre los saberes. En el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM estuve en un grupo donde había biólogos, geógrafos, filósofos, médicos y de otras disciplinas, organizados en equipos totalmente heterogéneos. Había que trabajar en un mismo tema, el paso número uno era aprender a escuchar al otro sin prejuicios, sin ánimos de polémica, con toda la atención posible.

Si aquello de construir comunidad hubiera sido algo más que un núcleo teórico disciplinario, y si lo hubiera yo convertido en norma cotidiana de vida, el resultado de este ejercicio entre disciplinas hubiera sido sencillo. Fue complejo, aleccionador, por momentos perturbador, pero eso sí, sumamente esclarecedor. Lo que aprendí de los biólogos evolucionistas, tanto de los ahí presentes, como en la bibliografía, resultó ser uno de los territorios que me han hecho soñar con tener cuatro décadas menos para zambullirme de tiempo completo en lo que plantean.

Doy un ejemplo de lo anterior, no como anécdota, sino para darle visibilidad a una de tantas realidades que no miramos desde los estudios en comunicación, donde todavía el peso de los medios y sus innovaciones tecnológicas nos arrebatan demasiada energía. Resulta que entre lo que salió a discusión en ese grupo estuvo la obra de una genetista israelí que se ha dedicado a plantear lo que se ha investigado después del neodarwinismo. Sabido es ya, por la divulgación de la ciencia, que no todo en la evolución humana es cuestión de genes. Ella, de nombre Eva Jablonka, habla de la epigenética, de los comportamientos humanos y menciona además otra dimensión de la evolución que resulta fundamental para los estudios en comunicación: la simbólica.

Nunca más la carreta delante de los bueyes

Esto de los símbolos es piedra angular en el origen de nuestro núcleo disciplinario. Lo había yo trabajado en el último libro que escribió el sociólogo Norbert Elias: *Teoría del Símbolo*, el cual es un texto que encierra elementos importantes para una teoría de la comunicación, pero que tiene la limitación de haber sido escrito en los ochenta, cuando no se conocían los planteamientos de la biología evolucionista contemporánea. Jablonka y su equipo plantean de entrada lo mismo que Elias y que otros muchos: lo que hace a la especie humana tan diferente es la forma en que podemos organizar, transmitir y adquirir información, así como nuestra capacidad de pensar y de comunicarnos con símbolos. La novedad estriba en mirar todo ello también como un sistema que ofrece una nueva dimensión a la herencia y a la evolución porque los símbolos, igual que los genes (y no la conducta) pueden transmitir información latente. De aquí se derivan una serie de cuestiones que nos remiten a las bases primeras de tantos asuntos

de comunicación humana que nos saltamos al poner, como dijo Pasquali, la carreta delante de los bueyes.

La comunicación humana se ubica en el centro de la topografía de la vida. Celebro haberla retomado o para decirlo con un mínimo de humildad: agradezco el poder comenzar a captar su esencia después de tantos años de mencionarla sin experimentarla a fondo. Tiene tanto qué hacer en esto de la articulación de los saberes y sobre todo en la gran búsqueda de la eudaimonía o nuestro destino gozoso, como también dijera Pasquali.

Referencias

- Elias, N. (1994), *Teoría del Símbolo. Un ensayo de antropología Cultural*, Barcelona: Ediciones Península.
- Esposito, R. (2007). *Communitas. Origen y Destino de la Comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fernández, F. y Rizo, M. (Coord.) (2009). *Nosotros y los Otros: La Comunicación Humana como Fundamento de la Vida Social*. México, D.F.: Editoras Los Miércoles.
- Fernández, F., Millán, M., Rizo, M., (2013), *La Comunicación Humana en Tiempos de lo Digital*, México D.F.: UAM, Juan Pablos Editor, AMIC.
- Fuentes, R. (1998). *La Emergencia de un campo académico: Continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO y Universidad de Guadalajara.
- Jablonka, E. y Lamb, M. (2006). *Evolution in Four Dimensions. Genetic, Epigenetic, Behavioral and Symbolic Variation in the History of Life*. Massachusetts: MIT Press.
- Maturana, H. (2004). *Desde la Biología a la Psicología*. Buenos Aires: Editorial Universitaria/Lumen.
- Pasquali, A. (2007). *Comprender la Comunicación*. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A.